

FAUNA DE TABERNA

Modalidad Santiago Rusiñol

Pablo miraba a su alrededor, acomodado tras una de las mesas situadas al fondo de la peculiar taberna. El bar *Marsella*, nombre con el que era conocido el tugurio, se hallaba en la confluencia de las calles Sant Pau y Sant Ramón, en pleno corazón del Raval barcelonés. Se trataba de uno de los establecimientos más bohemios de la época, donde el joven artista acostumbraba a acudir con cierta asiduidad. La mayoría de las veces, acompañado de alguno de sus camaradas de correrías, con los que las juergas se alargaban hasta altas horas de la noche, si bien en esa ocasión lo hacía completamente solo. Le gustaba observar todo lo que ocurría en aquel antro, dejarse imbuir por la despreocupada atmosfera reinante para luego, plasmarlo de una u otra forma en sus obras.

Sobre la mesa, irregularmente dispuestas, varias láminas garabateadas con sus bocetos, también algunos lápices, y un poco más allá, un vaso con los restos de la bebida estrella del lugar, la absenta. Al malagueño le gustaba beberla preparada al estilo francés, sin quemar el azúcar, y el recipiente tan solo contenía el pequeño tenedor que había usado para su preparación junto al poso de un líquido viscoso conocido como *el hada verde*. Una de las bebidas más de moda de la época, sobre todo entre los círculos artísticos que él frecuentaba, a la que se le atribuían propiedades alucinógenas, y que le era de gran ayuda en sus momentos de creatividad.

A unos metros de distancia, en una mesa situada frente a la entrada, dos mujeres con aspecto apesadumbrado hablaban entre si compartiendo el mismo brebaje. A una de ellas la conocía, se trataba de una de las prostitutas del burdel que más acostumbraba a visitar, *Ca la Mercè*, aunque nunca se había encamado con ella. El joven pintor las miraba desde una zona en penumbra, por lo que las meretrices no repararon en él. Eso le permitía contemplarlas sin disimulo a la vez que las retrataba en sus láminas. Lo hacía con trazos irregulares, tan solo esbozos, pero conseguía captar la esencia de la imagen que representaban.

La edad ya empezaba a hacer mella en la piel de las muchachas, que había perdido la lozanía y tersidad de antaño. Sus cuerpos mostraban las señales que las penurias y las dificultades habían ido surcando en ellos. Bebían para olvidar. Les ayudaba a evadirse de la dureza de sus azarosas vidas, de las dificultades a las que se enfrentaban, y del a veces

sinsentido de sus existencias. Tan solo alguna esporádica risa, producida por la sensación de bienestar que la ausencia les provocaba, rompía la taciturna escena. Un espejismo, un oasis en la cruda realidad de la que les era imposible huir. Una de ellas mostraba un generoso escote, su cuerpo aún se lo permitía, pero era consciente de que ya nada podía parar la decrepitud hacia la que se encaminaba su otrora estilizada figura.

Todo eso a Pablo le traía sin cuidado, él solo pintaba. Se limitaba a reproducir la realidad que sus ojos captaban, todos los matices que emanaban de las expresiones de sus modelos, y en esta ocasión sin que ellas mismas ni tan siquiera sospecharan que lo eran. Y lo cierto era que tenía un don para ello. Hacia algún tiempo que eso le importaba mucho más que el academicismo en sus creaciones. Y aquella circunstancia le enfrentaba a su padre, que pensaba que estaba desperdiciando su talento, produciéndose continuas discusiones, cada vez más agrias y desagradables, entre ambos. Ese distanciamiento había hecho que empezara a utilizar con más frecuencia el apellido de su madre, Picasso, acompañando al de su progenitor en la firma de sus cuadros.

Pero ese día el joven artista estaba especialmente contento, se había confirmado que en unos días emprendería un viaje a París. Ni más ni menos que a la ciudad del arte y la modernidad, y estaba ansioso de que llegara el momento. Uno de sus lienzos había sido seleccionado para la exposición universal que allí se celebraba, e iba a tener la oportunidad de codearse con los mejores artistas del mundo. Estaba convencido de que iba a triunfar en la ciudad de la luz, y de que su obra sería por fin reconocida.

Así que nada de lo que ocurría a su alrededor esa tarde le importaba lo más mínimo. Solo pensaba en su futuro y en el de su pintura. Mientras las mujeres continuaban hablando, él seguía dibujando y dibujando. Se trataba de una necesidad, y en ocasiones lo hacía de forma casi compulsiva, aprovechando todos los rincones que le ofrecían sus limitadas láminas, ya que su precaria economía muchas veces no le permitía la adquisición de nuevo material.

Miraba una y otra vez a las mujeres y era capaz de percibir cada uno de sus gestos, de retratar su alma, pero no sentía la más mínima empatía hacia ellas. No eran más que un mero instrumento para expresar su arte. Lo que les pudiera ocurrir le traía al paio. Él pensaba tan solo en pintar, y también, cómo no, en divertirse. Su rutina empezaba a primera hora de la tarde, que era cuando acostumbraba a levantarse. Se encontraba con sus amigos en algunos de los locales que frecuentaba, como *els Quatre Gats*, centro

neurálgico de los artistas de la época, y, caso de que hubiera corrido, se dejaba caer por la plaza de toros. Más tarde acudían al cabaret *Café Concert*, para terminar la velada en alguno de los burdeles de la zona. Al volver a casa, ya de madrugada, era cuando prendía en él su innato talento creativo, dedicándose a pintar hasta el amanecer. Entonces caía rendido sobre su catre, en una habitación en la que se entremezclaban una amalgama de lienzos, láminas, pinceles, lápices, oleos y cualquier otro instrumento que le sirviera para expresar su arte.

De ahí que conociera a una de las prostitutas. Siempre le habían fascinado las mujeres que ejercían aquel oficio, y no era la primera vez que las retrataba. Dibujaba sus rostros desencajados, sus ajados cuerpos, sus miserias y sus contradicciones. Mujeres que se dedicaban a satisfacer los deseos carnales de efímeros amantes por necesidad, porque no habían encontrado mejor manera de ganarse la vida en una Barcelona que empezaba a despertar en los albores del siglo XX. Una ciudad llena de contrastes, con una burguesía cada vez más rica, que mostraba su opulencia siempre que tenía la oportunidad, confrontada a una clase proletaria, pobre y desfavorecida. Un passeig de Gràcia donde no se escatimaban esfuerzos por mostrar edificaciones de lo más ostentoso, apartadas de los barrios nauseabundos, donde la miseria y las enfermedades se esparcían por doquier.

Pablo se mantenía equidistante entre esos dos antagónicos mundos. La mayoría de sus retratos mostraban ambas realidades, siendo los personajes atormentados los que gozaban de mayor predicamento, recreados por unas habilidosas manos, capaces de plasmar sobre el papel todo aquello que penetraba en sus despiertos ojos.

Aunque en ese momento, tan solo París importaba. Ese viaje junto a su inseparable amigo Carles era lo único que ocupaba su atribulada mente. Estaba convencido de que allí sabrían valorar su arte, de que allí triunfaría. Pero tan solo el tiempo, juez insobornable que da y quita razones, dictaría sentencia. Mientras tanto, seguiría siendo su pintura el testimonio de la realidad que le rodeaba, y esas mujeres las circunstanciales protagonistas de una de sus obras.